

TAN LARGO ME LO FIAIS

COMEDIA FAMOSA

DE DON PEDRO CALDERÓN

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (1)

EL REY DE CASTILLA.
DON GONZALO DE ULLOA.
EL EMBAJADOR DON PEDRO TENORIO.
DON JUAN TENORIO.
CATALINÓN.
UNA PESCADORA.
BATRICIO.
EL DUQUE OCTAVIO.
EL MARQUÉS DE LA MOTA.

ISABELA, duquesa.
ARMINTA.
BELISA.
DOÑA ANA, criada.
EL REY DE NÁPOLES.
UNA PASTORA.
ALFREDO.
TIRSEO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen ISABELA, duquesa, y DON JUAN TENORIO, de noche.

ISABELA. Salid sin hacer ruido, Duque Octavio.
D. JUAN. El viento soy.
ISABELA. Aun así temiendo estoy que aquí habéis de ser sentido; que haberos dado en Palacio entrada de aquesta suerte, es crimen digno de muerte.
D. JUAN. Señora, con más espacio te agradeceré el favor.
ISABELA. Mano de esposo me has dado, Duque.
D. JUAN. Yo en ello he ganado.
ISABELA. El aventurar mi honor, Duque, desta suerte ha sido

segura, con entender que mi marido has de ser.
D. JUAN. Digo que soy tu marido, y otra vez te doy la mano.
ISABELA. Aguárdame, y sacaré una luz, para que dé de la ventura que gano fe, Duque Octavio. ¡Ay, de mí!
D. JUAN. Mata la luz.
ISABELA. ¡Muerta soy!
¿Quién eres?
D. JUAN. Un hombre soy que aquí ha gozado de ti.
ISABELA. ¿No eres el Duque?
D. JUAN. Yo no.
ISABELA. Pues di ¿quién eres?
D. JUAN. Un hombre.
ISABELA. ¿Tu nombre?
D. JUAN. No tengo nombre.
ISABELA. Este traidor me engañó.
¡Gente, criados!
D. JUAN. Detente.
ISABELA. Mal un agravio conoces.
D. JUAN. No des voces.
ISABELA. Daré voces.
¡Ah del Rey, soldados, gentel

(1) Intervienen además: ANFRISO, SALUCIO, PASTORES, D. JUAN TENORIO, el Viejo; UNA DAMA y GACENO.

ESCENA II

Sale el REY DE NÁPOLES.—DICHOS.

REY. ¿Qué es esto?
ISABELA. ¡Favor! ¡Ay, triste, que es el Rey!
REY. ¿Qué es?
D. JUAN. ¿Qué ha de ser?
REY. Un hombre y una mujer. (Esto en prudencia consiste, quiero el daño remediar.)

ESCENA III

Sale el EMBAJADOR DE ESPAÑA y CRIADOS.—DICHOS.

EMBAJAD. ¡En tu cuarto, gran señor, voces! ¿Quién causa el rumor?
REY. Haced prender y matar ese hombre y esta mujer.
D. PEDR. ¿Quién son?
REY. No es bien conocellos, porque si aquí llevo á vellos no me queda más que ver. Pues me venzo y me resisto, vosotros no me incitéis, que en estos que ver queréis, sin verlos mi ofensa he visto. Don Pedro Tenorio, á vos esta prisión os encargo; si ando corto, andad vos largo, y ved quién son esos dos. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, menos el REY.

D. PEDR. Daos á prisión, caballero.
D. JUAN. No llegue ninguno á mí, si morir no quiere aquí.
D. PEDR. Matadle.
D. JUAN. La muerte espero por la punta desta espada. Llegad á comprar mi vida, que ha de ser tan bien vendida como de todos comprada.
D. PEDR. ¡Matadle!
D. JUAN. ¡Qué mal lo adviertes! Las fieras puntas desvía; considera que la mía ha de costar muchas muertes. A muerte estoy condenado, y, pues es cierta mi muerte, matándoos de aquesta suerte moriré más consolado. Que he de vender deste modo mi vida, os quiero advertir, y pues sé que he de morir, quiero aquí morir por todo.
SOLD. 2.º ¡Muere, vill!
D. JUAN. ¿Quién os engaña? Ved que caballero soy.
D. PEDR. Rabiando de enojo estoy.
D. JUAN. El Embajador de España llegue sólo, que á él no más,

pues es forzoso el morir, mi espada quiero rendir.
D. PEDR. Agora más cuerdo estás. Todos con esa mujer á ese cuarto os retirad.
ISABELA. Tal traición, tan gran maldad, ¿en hombre pudo haber? Diré quién soy, mas mi agravio á voces dirá quién soy, pues hoy sin honor estoy, y estoy sin el Duque Octavio. (Vanse.)

ESCENNA V

DON PEDRO y DON JUAN TENORIO.

D. PEDR. Ya estamos solos los dos; muestra aquí tu esfuerzo y brío.
D. JUAN. Aunque tengo esfuerzo, tío, jamás le tuve con vos.
D. PEDR. ¿Quién eres?
D. JUAN. Don Juan.
D. PEDR. ¿Don Juan?
D. JUAN. Sí, señor.
D. PEDR. ¿De aquesa suerte lo dices?
D. JUAN. Dame la muerte, y mis desdichas tendrán fin en tus manos.
D. PEDR. ¡Traidor alevoso! No imagino que eres, don Juan, mi sobrino, porque no tienes honor. ¿Tú, con dama en el Palacio del Rey, y en ofensa mía haces tal alevosía?
D. JUAN. Mi culpa no pide espacio; tío, si me has de prender, préndeme, llévame preso, y advierte que aqueste exceso, por amor se pudo hacer. Amor es una cautela, y es ciego y loco quien ama.
D. PEDR. ¿Quién es la dama?
D. JUAN. Es la dama...
D. PEDR. Prosigue; ¿quién?
D. JUAN. Isabela.
D. PEDR. ¿La camarera?
D. JUAN. Señor, sí, que por el duque Octavio la engañé.
D. PEDR. Mayor agravio y desventura mayor. Tu padre desde Castilla á Nápoles te envió por insufrible, y te dió cárcel la espumosa orilla del mar de Italia, causando mil escándalos en ella, no reservando doncella, ni casada reservando. Ya no te sufre la tierra, y estoy por matarte aquí; pero como veo en ti sangre que mi pecho encierra, por fuerza te he de librar. ¿Tienes por dónde escaparte?

- D. JUAN. Aquí está un balcón.
 D. PEDR. Colgarte puedes por él y bajar al suelo.
 D. JUAN. Aunque está muy alto, por la capa bajaré.
 D. PEDR. Baja, pues, porque no esté el Rey con más sobresalto; que yo diré que te echaste por una ventana, huyendo de mí.
 D. JUAN. Ya va amaneciendo.
 D. PEDR. Pues tú este daño causaste, pon remedio en él, partiendo de Nápoles luego á España, que si agora el Rey se engaña de la suerte que pretendo, con la duquesa Isabela, si puedo, te casaré, para que pagues con fe lo que hiciste con cautela.
 D. JUAN. En todo, señor, me honráis.
 D. PEDR. Pues vete con Dios, y advierte que hay castigo, infierno y muerte.
 D. JUAN. ¿Tan largo me lo fiáis?
 D. PEDR. Esa presunción te engaña. Llega, si es este el balcón.
 D. JUAN. Con tan larga pretensión glorioso me parto á España. (Vanse.)

ESCENA VI

Sale el Rey.

Envidian las coronas de los reyes los que no saben la pensión que tienen, y mil quejas y lástimas previenen, porque viven sujetos á sus leyes. Pero yo envidio los que guardan bueyes, y en cultivar la tierra se entretienen, que aunque de su trabajo se mantienen, ni agravios lloran ni gobiernan greyes. Porque, aunque con más ojos que Argos vi- y miren por la espalda y por el pecho [van, los reyes, no proceden como sabios si del oír con el mirar se privan, que un rey siempre ha de estar orejas hecho, oyendo quejas y vengando agravios.

ESCENA VII

Sale DON PEDRO TENORIO.—DICHOS.

- D. PEDR. Ejecutando, señor, lo que mandó vuestra Alteza, el hombre...
 REY. ¿Murió?
 D. PEDR. Escapóse.
 REY. ¿Qué decis?
 D. PEDR. ¿Quién lo creyera! Di con la guarda sobre él, y él con la misma fiereza que un hombre desesperado siempre en tales casos muestra, juzgando flacas aristas las valientes puntas nuestras, con la suya se metía

haciendo notable ofensa. Di voces, ¡muera! ¡matalde! y enlazando en una reja la capa, fué en el caer Luzbel como en la soberbia. Acudi, y vi con la luna un hombre que por la tierra llevaba el pecho arrastrando como la cauta culebra.

- Di voces, y en la distancia que tardé en tomar la puerta, el que arrastrando huía, corrió con tal ligereza que no pareció jamás; y no habiendo casa abierta, pareció cosa imposible que escapásemle pudiera. Y porque lo que está oculto en la corte no se sepa, excusando el alboroto, excusé las diligencias.
 REY. Mostrastes, Embajador, vuestra cordura y prudencia; pero mucho me ha pesado de que el hombre no muriera. ¿Y sabéis quién es la dama?
 D. PEDR. Es, gran señor, la Duquesa Isabela.
 REY. ¿Qué decis?
 D. PEDR. Lo que escucha vuestra Alteza.
 REY. Pues el hombre es de importancia, y es más pesada la ofensa. Id por ella.
 D. PEDR. Ya la guarda viene, gran señor, con ella.

ESCENA VIII

Sale ISABELA.—DICHOS.

- ISABELA. ¡Con qué ojos veré al Rey!
 REY. Ya estoy corrido de verla.
 ISABELA. Amor, dame aquí tus ojos, ya que me diste tu venda.
 REY. Duquesa.
 ISABELA. Señor, confieso mis culpas y mis (1) ofensas; mas sírvame de castigo el verme en vuestra presencia. Profané vuestro Palacio; discúlpenme Troya y Grecia, si hay disculpa, gran señor, bastante en tanta bajeza. El Duque Octavio me dió mano de esposo, y con ella le di entrada y le di el alma y la más costosa prenda. Perdóname las palabras si las obras consideras, que al punto que no fui casta á ese mismo no fui honesta.
 REY. ¿Qué, aquél era el Duque Octavio?

(1) Así en el original; pero debe de ser «tus».

- ISABELA. Sí, señor.
 REY. Al Duque prendan con diligencia y cuidado, y á esa mujer llevad presa.
 ISABELA. Gran señor: volvedme el rostro.
 REY. Ofensa á mi espalda hecha es justicia y es razón castigarla á espalda vuelta. (Vase el Rey.)

- D. PEDR. Su Alteza está justamente sentido de Vuexcelencia.
 ISABELA. No será tan grande el yerro si el Duque Octavio lo enmienda.
 D. PEDR. Vamos, señora.
 ISABELA. ¡Ay, amor! Ya que me engañaste á ciegas, en este engaño me ayuda y en esta traición me esfuerza.
 D. PEDR. Si puedo, yo haré que al Duque le disculpe su inocencia, y que don Juan, mi sobrino, se case con Isabela. (Vanse.)

ESCENA IX

Sale el Duque OCTAVIO y CRIADOS.

- CRIAD. 1.º Tan de mañana, señor, te levantas.
 OCTAVIO. No hay sosiego á la inclemencia de amor, porque si es fuego, del fuego nace el incendio mayor. ¿No habéis visto entre las olas, cuando sus cerúleas colas bate el mar agonizando un derrotado, tragando el mar entre espumas solas? Pues así yo, mar haciendo la cama en la noche fría, me he anegado, padeciendo, y, en viendo la luz del día, del mar he escapado huyendo.
 CRIAD. 1.º Pues si te adora Isabela, no tienes que recelar, que, aunque amor todo es cautela, jamás te vendrá á olvidar, porque en tu amor se desvela. Vive cuando estás presente; de tus colores se viste; siempre tus disgustos siente; triste está si tú estás triste y muerta si estás ausente. Pues si está en tu voluntad la suya, ¿qué te desvela?
 OCTAVIO. No hay, amigo, aunque es verdad, que si me adora Isabela, en amor, seguridad. Es al tiempo semejante el amor, y no te espante que al tema en la Primavera invierno quien considera en el creciente y menguante. (Sale un Criado.)
 CRIAD. 2.º El Embajador de España, á quien gallardo acompaña la guarda del Rey, se apea en el zaguán, y desea, con ira y fiereza extraña, hablarte, y debe de ser para prenderte.
 OCTAVIO. ¿Prender? ¿Por qué? Temer es locura, que una conciencia segura no tiene de qué temer. Dejalde entrar.

ESCENA X

Sale el Embajador y gente.—DICHOS.

- D. PEDR. Quien así con tanto descuido duerme, sin culpa está.
 OCTAVIO. Cuando á mí á honrarme y favorecerme Vueseñoría ha venido, delito es no haber salido á la calle á recibir tal merced.
 D. PEDR. Fuerza es venir.
 OCTAVIO. Bien se ve que fuerza ha sido; porque mi casa no tiene, señor, el merecimiento que á tal grandeza con viene; pero este humilde aposento mi voluntad os previene.
 D. PEDR. Después, señor, de besar vuestras manos, si lugar nos da tanto caballero, aquí á solas con vos quiero cierto negocio tratar.
 OCTAVIO. Dadnos lugar.
 CRIAD. 1.º En buen hora.
 OCTAVIO. La cámara despejad.
 CRIAD. 2.º Digo que es prisión.
 CRIAD. 1.º Ahora
 CRIAD. 2.º Mucho una envidia desdora. (Vanse.)
 OCTAVIO. Ya estamos solos.
 D. PEDR. Pues vea Vue Excelencia este papel.
 OCTAVIO. Pendiente está el alma dél, como el suceso desea. (Lee.) «Prenderéis al Duque Octavio, y si se resiste, muera. Yo el Rey.» ¡Prender! ¿por qué agraviar es acción de sabio. Si el alma la causa espera, [vio? Sabel que en Palacio ha habido esta noche un alboroto desabrido para el Rey, para el pueblo escandaloso. Cuando los negros gigantes, mostrando funestos toldos, ya del crepúsculo huían unos tropezando en otros, estando yo con su Alteza tratando ciertos negocios, porque antipodas del sol son siempre los poderosos, voces de mujer oímos, cuyos ecos medio roncós

por los artesones sacros
nos repitieron ¡socorro!
Sin darme licencia á mí,
tomó una luz el Rey solo,
y saliendo á ver quién era,
como gallardo, brioso,
vió que en el salón estaban
las causas deste alboroto.
Salí con el capitán
de la guarda, y con él todos
los nobles que le acompañan,
haciendo, Duque, lo propio.
Prended ese hombre y mujer,
nos dijo, y queriendo prontos
conocerlos con la luz,
la desvaneci6 de un soplo.
Dimos sobre el hombre, llenos
de lisonjeros enojos,
que en la muerte las lisonjas
hacen su oficio más propio;
mas él, como suele en Libia
tras el cazador famoso
salir la parida tigre,
se escapó de entre nosotros,
y huyendo por un balcón
se nos fué, y nos fué forzoso,
por no alborotar la corte,
dejarle; y volviendo todos
á dar cuenta desto al Rey,
para darla de nosotros,
la mujer, que es Isabela,
que para admirarte nombro,
en la presencia del Rey,
con lágrimas y sollozos,
dijo que era el Duque Octavio
el que con nombre de esposo
de su honor había gozado,
estimándola en tan poco.
Mandóla el Rey llevar presa,
y manda que haga lo propio
con vos. Vuestro amigo soy:
huid, ó poneos en cobro.

OCTAVIO. Pienso que os estáis burlando,
ó pienso, amigo, que os oigo
en sueños. ¿Con Isabela
hombre en palacio? Estoy loco.
Primero las salamandras
verán los cóncavos hondos
del mar, y serán los peces
y el fuego mar proceloso,
que de Isabela imagine
traición; y me afrento y corro
de oiros. ¿Con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.

D. PEDR. Como es verdad que hay estrellas,
del cielo brillantes ojos;
muerte, vida, pena, gloria,
bien, mal, contentos y enojos,
así es verdad que Isabela
con vos, señor, ó con otro,
esta noche en el Palacio
la habemos hallado todos.

OCTAVIO. Dejadme, no me digáis
tan gran maldad de Isabela;
mas si fué su amor cautela,
mal hacéis si lo calláis.
Proseguid, que me matáis

dulcemente en mi porfía,
que es vuestra lengua sangría,
y la muerte no se siente,
que morir tan dulcemente
lisonja á mi mal sería.
¿Con otro hombre, y no conmigo
Isabela en el Palacio?
Mi mal no consiente espacio:
¡muera el villano enemigo!
Pero ¿qué intento? ¿qué digo?
¿qué á locuras me provoco?
Y aún el sentimiento es poco
si el alma en él se consuela.
Amigo, ¿con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.
Embarcarme quiero á España
y dar á mis dichas fin.

D. PEDR. Por la puerta del jardín,
Duque, esta prisión se engaña.

OCTAVIO. ¡Ah veleta! ¡ah débil caña,
fácil al viento más poco!
Ya extrañas provincias toco,
huyendo de tu cautela.
Reino, adiós. ¿Con Isabela
hombre en Palacio? Estoy loco.

(Vanse.)

ESCENA XI

Sale la PESCADORA.

PESCAD. Yo, de cuantas el mar
pies de jazmín y rosas
en sus riberas pisan
matizadas alfombras,
en pequeñuelo esquite,
ya en compañía de otras,
tal vez al mar le peino
la cabeza espumosa;
ya con la sutil caña
que el débil peso dobla
del tierno pececillo
que el mar, pescado, azota.
Sola de amor exenta,
como en ventura sola,
tirana me entretengo
de sus prisiones locas.
Que en juveniles años,
amor, no es suerte poca
no ver entre estas redes
las tuyas amorosas.
Anfriso, un pescador
á quien los cielos dotan
de gracia y bazarria,
más que á los de la costa,
me sirve y me entretiene,
y yo todas las horas
le mato con desdenes;
de amor condición propia,
querer donde aborrecen,
despreciar donde adoran.
Mis pajizos umbrales,
que heladas noches ronda,
cubiertos amanecen
de flores sin lisonjas.
Pero, necio discurso
que mi ejercicio estorbas,

tirano no me ocupes
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento, y á la boca
del pececillo el cebo.
Pero al agua se arrojan
dos hombres de una nave,
que el mar escollo azota,
qué sobre aguada viene
antes que el mar la sorba
Un hombre al otro aguarda,
que dice que se ahoga.
¡Gallarda bazarria!
En los hombros lo toma.
Anchises se hace Eneas,
si el mar está hecho Troya.
Ya, nadando, las aguas
con valentía corta.
Daré voces: Anfriso,
Tirseo, Alfredo, hola.
Pescadores me miran;
ruego á Dios que me oigan.
Mas milagrosamente
ya tierra los dos toman,
sin aliento el que nada,
con vida el que le estorba.

ESCENA XII

Salen DON JUAN TENORIO Y CATALINÓN, mojados.—
DICHA.

CATALIN. ¡Válgame la Cananea,
y qué salado es el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino,
donde la muerte se fragua.
Donde Dios juntó tanta agua
¿no juntara tanto vino?
Agua, y salada, extremada
cosa para quien no pesca:
si es mala aun el agua fresca,
¿qué será el agua salada?
¡Ah! ¡quién hallara una fragua
de vino, aunque algo encendidol
Si del agua que he bebido
hoy escapo, no más agua.
Desde hoy abrenuncio della,
que la devoción me quita
tanto, que aun agua bendita
no pienso ver por no vella.
¡Ah, señor! helado y frío
está: ¿si estará ya muerto?
Del mar fué este desconcierto
y mío este desvarío.
¡Mal haya aquel que primero
pinos en el mar sembró
y el que sus rumbos midió
con quebradizo madero!
¡Maldito sea lasón,
y Titis maldito sea!
Muerto está; no hay quien lo crea;
¡miseró Catalinón!
¿qué he de hacer?

PESCAD. Hombre, ¿qué tienes?
CATALIN. En desventuras iguales,

Pescadora, muchos males,
y falta de muchos bienes.
Veo, por librarme á mí,
sin vida á mi señor; mira,
qué he de hacer.

PESCAD. No, que aún respira.

CATALIN. Dichoso soy si es así.

PESCAD. Ve y llama los pescadores
que en aquella choza están.

CATALIN. Y si los llamo, ¿vendrán?
PESCAD. Vendrán luego, no lo ignores.
¿Quién es este caballero?

CATALIN. Es hijo aqueste señor
del Camarero mayor
del Rey, por quien ser espero
antes de diez días Conde
en Sevilla, adonde va,
y adonde su Alteza está,
si á mi amistad corresponde.

PESCAD. ¿Cómo se llama?

CATALIN. Don Juan

Tenorio.

PESCAD. Llama mi gente.

CATALIN. Yo voy. (Vase.)

ESCENA XIII

PESCADORA Y DON JUAN.

PESCAD. Mancebo excelente,
noble, bizarro, galán:
volved en vos, caballero.

D. JUAN. ¿Dónde estoy?

PESCAD. Ya podéis ver,
en brazos de una mujer.

D. JUAN. Vivo en vos, si en el mar muero,
y en estos extremos dos,
veo el mar manso y cruel,
pues cuando moría en él
me sacó á morir en vos.
O sin duda el mar ordena
tras del suyo otro pesar,
pues sacándome del mar,
vengo á dar en su sirena.
Y puesto que lo seáis,
no pretendo á vuestras quejas
poner cera en mis orejas,
pues con los ojos matáis.
Ya muero en vos, que consiente
amor que seáis mi mar,
pues veis que hay de mar á amar
una letra solamente,
y en ver tormentos mayores,
crece amor en mis pesares;
y si moría de mares,
desde hoy moriré de amores.
Y pues tan dulce rigor
en vos he llegado á hallar,
dejadme volver al mar
para huir del mar de amor.

PESCAD. Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento
muy gran contento ofrecéis.
Parecís caballo griego
que el mar á mis pies desagua,
pues venis formado de agua

y estáis preñado de fuego.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
ruego á Dios que no mintáis.

D. JUAN. A Dios, zagala, pluviera
que en el agua me anegara,
sin que della me escapara
al fuego que en vos me espera;
que amor, bien considerado,
como este daño entendió,
en el mar antes me aguó,
y ardo en vos estando aguado.
En agua abrasado llego,
que tal vuestro incendio ha sido,
que aun el agua no ha podido
librarme de vuestro fuego.

PESCAD. ¿Tan helado os abrasáis?
D. JUAN. Tanto fuego en vos tenéis.
PESCAD. Mucho habláis.
D. JUAN. Mucho encendéis.
PESCAD. Ruego á Dios que no mintáis.

ESCENA XIV

Salen los PESCADORES y CATALINÓN.—DICHOS.

CATALIN. Ya vienen todos aquí.
PESCAD. Y ya está tu dueño vivo.
CATALIN. Con tu presencia recibo
todo el gusto que perdí.

ANFRISO. ¿Qué es lo que mandas, Trisbea?
Que por labios de clavel
no lo habrás mandado á aquel
que idolatrarte desea,
apenas, cuando al momento,
sin reservar llano ó sierra,
surque el mar, are la tierra,
tale el fuego y pare el viento.

PESCAD. ¡Oh, qué mal me parecían
estos requiebros ayer,
y hoy echo en ellos de ver
que sus labios no mentan!
Estando, amigos, pescando
sobre este peñasco, vi
hundirse una nao, y allí,
entre las ondas nadando,
dos hombres, y compasiva
di voces, que nadie oyó,
y en tanta aflicción llegó,
libre de la furia esquiva
del mar, sin vida á la arena,
dése en los hombros cargado,
este hidalgo ya anegado,
y envuelta en tan triste pena
á llamaros envié.

TIRSEO. Pues aquí todos estamos;
manda que en tu gusto hagamos
lo que pensado no fué.

PESCAD. Que á mi choza los llevemos
quiere, donde, agradecidos,
enjuguemos sus vestidos,
y á ellos los regalemos,
que mi padre gusta mucho
desta debida piedad.

CATALIN. Extremada es su beldad.

D. JUAN. Escucha aparte.
CATALIN. Ya escucho.

D. JUAN. Si te preguntan quién soy,
di que no sabes.

CATALIN. ¡A mi
quieres advertirme aquí
lo que he de hacer!

D. JUAN. Muerto voy
por la hermosa pescadora;
esta noche he de gozalla.

CATALIN. ¿De qué suerte?
D. JUAN. Ven y calla.

ALFREDO. Salucio: dentro de una hora
los pescadores prevén
que cantan y bailan.

SALUCIO. Vamos,
y esta noche nos hagamos
rajas y paños también. *(Vanse.)*

ESCENA XV

Quedan DON JUAN, CATALINÓN y la PESCADORA.

D. JUAN. Muerto voy.
PESCAD. ¿Cómo, si andáis?
D. JUAN. Ando en pena, como veis.
PESCAD. Mucho habláis.
D. JUAN. Mucho encendéis.
PESCAD. Ruego á Dios que no mintáis. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Salen el REY DE CASTILLA y DON GONZALO DE ULLOA.

REY.
¿Cómo os ha sucedido en la Embajada,
Comendador mayor?

DON GONZALO.
Hallé en Lisboa
al Rey Don Juan juntando gruesa armada
para los mares de la ardiente Goa;
recibióme muy bien.

REY.
Temió la espada
en el famoso brazo de un Ulloa,
cuyo esfuerzo y valor, cuyo decoro
tantas veces temor le ha puesto al moro.
¿Es buen lugar Lisboa?

DON GONZALO.
Es maravilla
octava: tanto puede y tanto vale.
Merece bien que vuestra regia silla
para corte del mundo la señale.

REY.
¿Es mayor que Sevilla?

DON GONZALO.
Con Sevilla
no hay ciudad en el mundo que se iguale,
que sí es Tajo á su mar su claro río,
estacada es al nuestro el Betis frío.

REY.
¿Tenéis hijos?

DON GONZALO.
Señor, sola una hija
á mi vejez de báculo prevengo,
en cuya frente rayos ensortija
el sol, por quien sosiego y vida tengo.
En ella mi vejez se regocija,
y en ella mis trabajos entretengo.

REY.
Yo la quiero casar como merece.

DON GONZALO.
¿Quién la merecerá si tanto crece?

REY.
Sabed que hay en Italia un caballero
de sangre ilustre y de valor notorio.
Es hijo de don Juan, mi camarero,
conocido en España por Tenorio,
hermano del famoso y gran don Pedro,
por quien tanto en Italia crezco y medro.
Con título de Conde de Lebrija,
villa que por servicios ha ganado
su padre, es vuestro yerno, aunque tal hija
merecía más alto y digno estado.
Vuestra quietud el término corrija
al caballo del tiempo acelerado,
que la inquietud de un padre en años puesto
al fin conduce del vivir más presto.

DON GONZALO.
Dame esos sacros pies por honras tales.

REY.
Salid á publicar vuestra alegría.

DON GONZALO.
Jamás toque tu vida los umbrales
del olvido que yace en sombra fría.

REY.
Premios, como es razón, piden iguales
hechos notorios.

DON GONZALO.
La ventura mía
por Sevilla diré, señor, á voces.

REY.
Volvedme á ver.

DON GONZALO.
Tu reino inmortal gocés. *(Vanse.)*

ESCENA XVII

Salen CATALINÓN y DON JUAN.

D. JUAN. Esas dos yeguas prevén
pues acomodadas son.

CATALIN. Aunque soy Catalinón,
soy, señor, hombre de bien;
que no se dijo por mí
«Catalinón es el hombre»,
pues sabes que aqúese nombre
me asienta al revés aquí.

D. JUAN. Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas apresta,
que de sus pies voladores
sólo nuestro engaño fio.

CATALIN. ¿Al fin pretendes gozar
á Trisbea?

D. JUAN. Si el burlar
es hábito antiguo mío,
¿qué me preguntas, sabiendo
mi condición?

CATALIN. Ya sé que eres
langosta de las mujeres.

D. JUAN. Por Trisbea estoy muriendo,
que es buena moza.

CATALIN. ¡Buen pago
á su hospedaje deseas!

D. JUAN. Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago.

CATALIN. Los que fingís y engañáis
las mujeres desa suerte
lo pagaréis en la muerte.

D. JUAN. ¿Tan largo me lo fiáis?

CATALIN. Ya viene la desdichada.

D. JUAN. Vete y las yeguas prevén.

CATALIN. ¡Pobre mujer! Harto bien
te pagamos la posada.

ESCENA XVIII

Sale la PESCADORA.—DICHOS.

PESCAD. El rato que sin ti estoy
estoy ajena de mí.

D. JUAN. Aunque lo dices así,
crédito jamás te doy.

PESCAD. ¿Por qué?

D. JUAN. Porque si me amaras
mi alma favorecieras.

PESCAD. Tuya soy.

D. JUAN. Pues di, ¿qué esperas?
¿Qué dudas? ¿En qué reparas?

PESCAD. Reparo en que fué castigo
de amor el que he hallado en ti.

D. JUAN. Yo digo lo mismo aquí,
y para ver si te obligo,
palabra y mano te doy
de esposo.

PESCAD. Soy desigual
á tu ser.

D. JUAN. No digas tal,
Trisbea; en tu casa estoy,
y estimo ser más en ella
un humilde pescador,
mereciendo tu favor
y tu mano hermosa y bella,
que las riquezas mayores
que el mundo puede ofrecer.

PESCAD. Casi te quiero creer;
mas sois los hombres traidores.

D. JUAN. ¿No echas de ver por los ojos,
mi Trisbea, el corazón?
Pues míos tus brazos son,
no me niegues sus despojos;
abrázame y dame en ellos
el alma.

PESCAD. Ya á ti me allano;
mas con la palabra y mano
de esposo.

D. JUAN. Juro, ojos bellos,
que mirando me matáis,
de ser vuestro esposo.

PESCAD. Advierte,
mi bien, que hay infierno y muerte.
D. JUAN. (¿Tan largo me lo fiáis?)
Ojos bellos, mientras viva,
vuestro cautivo seré.
PESCAD. Esta es mi mano y mi fe.
D. JUAN. Y esta es la mía, si estriba
en ella vuestro sosiego.
PESCAD. Pues ya tu amor no me engaña,
ven, y será la cabaña
tálamo de nuestro fuego.
Entre estas cañas te escondo
hasta que tenga lugar.
D. JUAN. ¿Por dónde tengo de entrar?
PESCAD. Ven, y te dire por dónde.
D. JUAN. (Ciega y satisfecha vais.)
PESCAD. Esta voluntad te obligue,
y si no, Dios te castigue.
D. JUAN. (¿Tan largo me lo fiáis?) (Vanse.)

ESCENA XIX

Salen los VILLANOS cantando y bailando.

PAST. 1.º ¡Holal! llamad á Trisbea,
y las zagalas llamad
para que en la soledad
el huésped la corte vea.
ANFRISO. Estará muy ocupada
con los huéspedes dichosos,
de quien hay mil envidiosos.
PAST. 1.º Siempre es Trisbea envidiada;
á su cabaña lleguemos.
PAST. 2.º No vais, porque no hay lugar
tan bueno para bailar
allá. De aquí la llamemos:
¡Trisbea, Lucinda, Antandra!
¿Hay descuido más cruel?
ANFRISO. ¡Triste y mísero de aquel
que en su fuego es salamandra!
(Cantan:) «A pescar sale la niña
tendiendo redes,
y en lugar de pececillos
las almas prende.»

ESCENA XX

Sale la PESCADORA.—DICHOS.

PESCADORA.
¡Fuego, fuego, que me quemó,
que mi cabaña se abrasa!
Repicad á fuego, amigos,
porque se me abrasa el alma.
¡Fuego, zagales, fuego, fuego y rabia;
amor, clemencia, que se abrasa el alma!
¡Oh choza, oh vil instrumento
de mi deshonor y mi infamia!
Rayos de ardientes estrellas
en tus cabelleras caigan
porque abrasadas estén,
si del viento mal peinadas.
Yo soy aquella que hacía,
émula de las zagalas,
burla de amor; que así amor
á quien dél se burla paga.
Engañóme el caballero

debajo de fe y palabra
de marido, profanando
mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo entonces,
le di á su rigor las alas
en dos yeguas que crié,
con que me burla y me infama.
¡Oh alevé huésped, que dejas
una mujer engañada,
nube que del mar saliste
para anegar mis entrañas!
Pero bien lo ha merecido
quien se fia de palabras,
Seguid al vil caballero;
mas no importa que se vaya,
que en la presencia del Rey
tengo de pedir venganza.
¡Fuego, zagales, fuego, fuego y rabia;
amor, clemencia, que se abrasa el alma!
(Vase.)

PAST. 1.º Vayan tras ella al momento,
porque va desesperada,
y podrá arrojarse al mar
buscando mayor desgracia.
PAST. 2.º Tal fin la soberbia tiene.
ANFRISO. Su locura y confianza
paró en esto. Al mar se arroja.
¡Trisbea, detente, aguarda!
PAST. 2.º Ya vuelve, tenelda todos,
tenelda, no se nos vaya.
(Sale la Pescadora.)
PESCAD. ¡Fuego, zagales, fuego, fuego y rabia;
amor, clemencia, que se abrasa el alma!
(Vanse.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen el REY y DON JUAN TENORIO, el viejo.

REY.
¿Que esto pasa?
TENORIO.
Señor, esto me escribe
de Nápoles don Pedro, que le hallaron
con dama en el Palacio, y apercibe
remedio en este caso.
REY.
¿Y le dejaron
con vida?
TENORIO.
Por don Pedro, señor, vive,
que sin que se supiese le ausentaron;
y la dama, inocente deste agravio,
agresor hizo desto al Duque Octavio,
y ya en Sevilla está.
REY.
Si; mas ¿qué haremos
con Gonzalo de Ulloa, que le había
tratado el casamiento?

TENORIO.
Bien podremos
poner remedio, pues el tiempo envía
ocasión, y en la mano la tenemos;
que el Duque Octavio remediar podría
el yerro de don Juan, pues que su casa
á la de don Gonzalo llega y pasa.

REY.
No me parece mal, como no inquiete
al Duque la pasión que de Isabela
con el amor que tuvo nos promete,
en cuya confusión hoy se desvela;
pues la ocasión tenemos del copete,
asírla, que es ligera y siempre vuela,
y viene á ser aqueste el mejor medio,
que á dos casos como éstos da remedio.
¿Y adónde está ese loco?

TENORIO.
Jamás niego
á vuestra Alteza cosa que pretenda
saber, y cuando aquí pendé el sosiego
de don Juan, y con esto el yerro enmienda,
por quien se acaba el encendido fuego
que él comenzó, es ya justo que lo entienda,
señor, tu Alteza. Ya en Sevilla asiste,
que así encubierto está mientras se viste.

REY.
Pues decilde que della salga al punto,
que pienso que es travieso, y la pasea,
por que el remedio desto venga junto.

TENORIO.
A Lebrija se irá.
REY.
Mi enojo vea
en el destierro.
TENORIO.
Quedará difunto
cuando lo sepa.
REY.
Lo que digo sea
sin falta.
TENORIO.
El Duque Octavio es el que viene.
REY.
Decid que llegue, que licencia tiene.

ESCENA II

Sale el DUQUE OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAVIO.
A esos pies, gran señor, un peregrino,
mísero y derrotado, ofrece el labio;
juzgando por feliz este camino,
en vuestra real presencia el Duque Octavio.
Huyendo vengo el fiero desatino
de una mujer, y el no pensado agravio
de un rey; aunque mal dije, que los reyes
cristal son al espejo de las leyes.
Una mujer, al viento débil caña,
pues lo fué en la mudanza que ha mostrado,
á su Alteza, señor, sin causa engaña,

diciendo que en Palacio la he burlado;
mas el tiempo, que al cabo desengaña,
dará á entender al Rey quién ha causado
esta inquietud en él, pues con engaño
por la cara que vió me hace este daño.

REY.
Ya, Duque Octavio, sé vuestra inocencia,
y al Rey escribiré por que os reciba
en su gracia, mostrando su clemencia,
cuando el enojo de su vista os priva;
y hoy os pienso casar, con su licencia,
con una dama, en cuya gracia estriba
de la beldad la octava maravilla
y el sol de las estrellas de Sevilla.
Don Gonzalo de Ulloa, un caballero
á quien le ciñe la cruz roja el pecho
que horror del moro fué, pues con su acero
su tierra siempre ha puesto en grande estrecho,
tiene una hija, y hoy con ella quiero
casaros en Sevilla, que sospecho
que con aquesto vuestro bien ordeno.

OCTAVIO.
Primero Alfonso sois, siendo el Onceno.
(Vase el Rey y Tenorio.)

ESCENA III

Salen Dos CRIADOS del Duque.—DICHOS.

CRIAD. 1.º ¿Qué hay de nuevo?
OCTAVIO. El gusto es tal,
que no he de decirlo bien.
CRIAD. 2.º Pues ¿qué tienes?
OCTAVIO. Mucho bien;
tanto, que es pequeño el mal.
Con un amor desigual
su Alteza me recibió,
con que á mis trabajos dió
alivio y fin á mis males,
pues con favores iguales
mis fortunas eclipsó.
Su Alteza me quiere hacer
quedar en Sevilla, y yo,
como quien lo deseó,
estoy loco de placer.
CRIAD. 1.º ¿Al fin te llegó á ofrecer
mujer?
OCTAVIO. Sí, amigo, y mujer
de Sevilla, que Sevilla
da, si averiguarlo quieres,
porque de oílo te asombres,
si fuertes y airosos hombres,
las más gallardas mujeres.
CRIAD. 2.º Luego ¿ya no te desvela
Isabela?
OCTAVIO. No.

ESCENA IV

Salen CATALINÓN y DON JUAN.—DICHOS.

CATALIN.
Detente,
que aquí está el Duque inocente,
Sagitario de Isabela,

- aunque mejor le diré penitente.
- D. JUAN. Disimula.
- CATALIN. Cuando le vendé le adula.
- D. JUAN. Como á Nápoles dejé y la casa de mi tío por un pleito de su Alteza, Octavio, con tal presteza, aunque fué el intento mío el despedirme de vos, no tuve lugar.
- OCTAVIO. Por eso, Don Juan amigo, os confieso que aquí nos vemos los dos.
- D. JUAN. En Sevilla.
- OCTAVIO. ¿Quién pensara, Don Juan, que en Sevilla os viera?
- D. JUAN. ¿Vos, Pusol, vos la ribera desde Partenope clara, dejáis?
- OCTAVIO. Aunque es un lugar Nápoles tan excelente, por Sevilla solamente se puede, amigo, dejar.
- D. JUAN. ¿Cuándo llegasteis?
- OCTAVIO. Ayer.
- D. JUAN. De su hermosa descripción os quiero hacer un borrón, puesto que la habéis de ver. Sevilla ó Hispalis bella, que de Hispalo así se dice ó de Hispán, de quien España tiene su primer origen, aunque un escritor moderno, seis letras con que se escribe, á las cuatro del romano quiere también que se apliquen, diciendo en ellas: «*Senatus, equae, virtutis, iustitia, legibus, Augustus*», que es blasón que mi lengua explique hoy así: «Senado igual, para que más se eternice, de valor y de justicia, en leyes exenta y libre». Y para que estas seis letras por los orbes se publiquen, de sus lábaros y escudos eran soberanos timbres; aunque leídas después sin puntos, comas ni tildes, en ingenioso anagrama, Sevilla las seis repiten. Fué de Hércules fundación, no el Tebano, de quien fingen tantos emblemas los hombres, gloriosos como imposibles, sino del egipcio, hermano del que con nombre de Osiris dios se llamó, haciendo á Menfis que inciensos le sacrificuen; cuyas caducas memorias en brazos del tiempo gimen, ruinas lisonjeadas de las hiedras que las visten. Pero después Julio César la trasladó á los felices

llanos en que hoy coronada lo mejor de Europa rige. Ennoblecíola de muro, Zodíaco que la ciñe de doce signos, que en tantas puertas Sevilla se sirve; y es la copia que entra y sale por ellas tan increíble, que para salir y entrar, unos á otros se impiden. Son de sus lienzos las torres pasamanos apacibles que en torno de la ciudad forman hermosos países, por cuyos círculos bellos mil soles, mil serafines discurren en escuadrones para que el sol las envidie. El Betis besa sus pies, con cuyo llanto es el Tibre una lágrima, y el mar de España menos humilde. Este en sus cristales funda otra ciudad invencible, cuyos edificios son como en sus aguas movibles. En él verás por las tardes en fugitivos jardines y en fáciles primaveras hecho pedazos á Chipre; y en su margen más sirenas que engendra el mar en sus sirtes, con quien no hay sordas orejas ni hay ingeniosos Ulises. Con esta calle de plata della á Triana dividen, arrabal en tal ciudad, y entre otras ciudad insigne. El imperio de sus aguas edificios no permite de piedra, que estando loco, no es mucho que piedras tire. Y así en diez y siete barcos, con que los hombros le oprime, un bucentoro se carga, que en él parece un esquife este monte de madera, que está entre cadenas firme, no leño á leño enojado, que astilla á astilla divide. Es Babel de su Arenal, si no menfítica efigie, la antigua Torre del Oro, lisonja de los gentiles. Mirando su hermoso Alcázar, Troya su Ilión olvide, y en sus muros Babilonia sus vividores pensiles, pues los que allá en las murallas, acá en los cimientos sirven, allá para que los vean, acá para que los pisen. Veinte sierpes de cristal, que blancas piedras despiden, son de un estanque alimento, dulce hospedaje de cisnes. De los jardines los cuadros

ciernen en granos sutiles cristales, que por los aires en átomos se dividen. Estos salpicando damas, si en su marfil no se engríen, dejan en gotas de plata tachuelas en sus chapines. En un cuarto á sus Monarcas media naranja le exprimen, tan rica, que á ser entera fuera de hacerlo imposible. En la sala de los reyes parece que siempre asiste Júpiter en lluvias de oro, ó en ella el alma se ríe. El templo de Salomón ó el que vió Jonia subirse en cien mármoles al cielo, que hoy yace en cenizas viles, rasguño son, si no sombra del que ves, donde se miden el arte y la admiración, y la admiración se rinde. Cincuenta y cuatro pilares tal pesadumbre reciben sobre sus gigantes frentes, con quien agobiados gimen. Estos son todos tan gruesos, que dije mal cuando dije pilares, porque son torres, aunque en tal fábrica mimbres. La longitud de su iglesia es tal, que se juzga lince el que de una puerta en otra, entrando, un hombre divise. Dos imágenes venera en dos capillas insignes, adonde todos los días docientas misas se dicen. En ella, después del cielo, con más majestad se sirve á Dios, perdóneme Roma, si Toledo lo permite. Es un edificio eterno el monumento, y tan firme, que por sus huecos pilares al chapitel más sublime suben los hombres, adonde admirados despavilen tal vez por hachas estrellas, que unas con otras compiten. Como de cirios pascuales otras iglesias se sirven, ésta de montes de cera, donde por llama el sol vive, que á no enfrenarla con agua de la cárcel que derrite, desatada, se abrasara, tal lumbre de sí despide. Referirte otras grandezas con que te asombres y admires no quiero, porque en su torre todas las que has visto cifres. Que á ser hecha antes de aquella que de Babilonia escriben, con la soberbia se alcanza y con su memoria insigne.

Sobre cuya postrer bola, cosa de creer difícil, el coloso, honor de Rodas, á los vientos se corrige. Estatua de rubio bronce, que por sus giros le dicen la Giralda, y por mujer mudable, inconstante y libre. Parroquias en que á la gente Sacramentos administren, con otra más que aumentara, contara dos veces quince. Solemnidades y fiestas más célebres que imagines, viendo su Semana Santa, es fuerza que las olvides, que en sesenta procesiones que con majestad se rigen, verás, dando en mar de sangre, á Dios, preciosos rubies. Tras inmensas obras pias, docientos dotes redimen huérfanas, doncellas pobres, que el serlo es Argel terrible. Tiene más de cien conventos, y entre ellos dos tan insignes, que en edificios y gente ciudades pueden decirse. Sustenta doce hospitales en que á pobres benefician, y entre ellos el de la Sangre, donde un Ribera eternices. Los edificios, las calles, los comercios que se impiden unos á otros los tratos, artes soberbios y humildes. Las naos, que vieron alegres de la aurora los confines y los reinos de la noche; perlas, coral, amatistes, bordados, brocados, telas, pasamanos y tabies, y, al fin, cuanto el sol engendra y el mar y la tierra rinden para que el hombre lo goce, lo gaste y lo desperdicie, en Sevilla está cifrado; mas no es mucho que se cifre, si el mundo se cifra en ella, y ella los orbes oprime. Y en si tanta gente encierra, que por las calles se aflige, y los muros, reventando, barrios levanta en que habiten. Los hombres son liberales, gallardos como invencibles, inventores de las galas que en toda España se viste. Las mujeres son bizarras, briosas, altivas, Circes en hablar, y en el obrar constantes, honestas, firmes, aunque á su cordura en coches ya la vanidad embiste. Paladiones preñados de mil partos infelices, vencerán su honestidad

como los coches porffien,
que es la más fuerte lisonja
para la beldad esfinge.
¡Maldito tú, Faraón,
que los inventaste y diste
al mundo, aunque entre las aguas
pagaste invención tan librel
Mas ya que no de los coches,
Dios de cocheros nos libre,
gente que por nuestras culpas
entre nosotros permite.
Esta es Sevilla, que al huésped
por una legua recibe
de calzadas, despreciando
los romanos arrecifes.
Corto en su alabanza quedo,
pues verás cuando la habites
que es más la grandeza suya
que cuanto della se escribe.

OCTAVIO. Si en Nápoles os oyera
y no en la parte en que estoy,
del crédito que hoy os doy
sospecho que me riera.
Mas llegándola á habitar,
es, por lo mucho que alcanza,
corta cualquiera alabanza
que á Sevilla querráis dar.
¿Quién es el que viene allí?

D. JUAN. El que viene es el Marqués
de la Mota.

OCTAVIO. Descortés
es fuerza ser.

D. JUAN. Si de mí
algo hubiereis menester,
aquí espada y brazo está.

CATALIN. Si le importa, él forzará
en su nombre otra mujer,
que es valiente garañón.

OCTAVIO. De vos estoy satisfecho. (Vase.)

CATALIN. Si fuere de algún provecho,
señores, Catalinón;
vuarcedes continuamente
me hallarán para servillos.

CRIDAD. 1.º ¿Adónde?

CATALIN. En los pajarillos,
tabernáculo excelente.
(Vanse los Criados.)

ESCENA V

Sale el MARQUÉS DE LA MOTA.—DICHOS, menos OCTAVIO.

MARQ. Todo hoy os ando buscando,
y no os he podido hallar.
¿Vos, don Juan, en el lugar,
y vuestro amigo penando
en vuestra ausencia?

D. JUAN. Por Dios,
amigo, que me debéis
ese favor que me hacéis.

CATALIN. Como no le entreguéis vos
moza ó cosa que lo valga,
bien podéis fiaros dél,
que en cuanto en esto es cruel,
tiene condición hidalga.

D. JUAN. ¿Qué hay de Sevilla?

MARQ. Está ya
toda esta corte mudada.

D. JUAN. ¿Mujeres?

MARQ. Cosa juzgada.

D. JUAN. ¿Inés?

MARQ. A Vejel se va.

D. JUAN. Buen lugar para vivir
la que tan dama nació.

MARQ. El tiempo la desterró
á Vejel.

D. JUAN. Irá á morir.

¿Su hermana?

MARQ. Es lástima vella:
lampiña de frente y ceja.
Llámanla en portugués vieja,
y ella imagina que bella.

D. JUAN. Sí, que bella en portugués
suena vieja en castellano.

¿Y Teodora?

MARQ. Este verano
se escapó del mal francés
por un río de sudores,
y está tan tierna y reciente,
que antes de ayer me echó un diente
en medio de mil favores.

D. JUAN. ¿Julia la del Candilejo?

MARQ. Ya con sus afeites lucha.

D. JUAN. ¿Véndese siempre por trucha?

MARQ. Ya se da por abadejo.

D. JUAN. El barrio de Cantarranas,
¿tiene buena población?

MARQ. Ranas las más dellas son.

D. JUAN. ¿Y viven las dos hermanas?

MARQ. Y la mona de Tulú
de su madre Celestina
que las adiestra y doctrina.

D. JUAN. ¡Oh, vieja de Bercebú!

¿Cómo la mayor está?

MARQ. Blanca y sin blanca ninguna,
tiene un santo á quien ayuna.

D. JUAN. ¿Agora en vigilia da?

MARQ. Es firme y santa mujer.

D. JUAN. ¿Y esotra?

MARQ. Mejor principio
tiene; no desecha ripio.

D. JUAN. Buen albañir quiere ser.

MARQ. Marqués: ¿qué hay de perros muer-

D. JUAN. Yo y don Pedro de Esquivel [tos?

MARQ. dimos anoche uno cruel,
y esta noche tengo ciertos
otros dos.

D. JUAN. Iré con vos,
que también recorreré
ciertos nidos que dejé
en huevos para los dos.

MARQ. ¿Qué hay de terrero?

MARQ. No muero
en terrero, que enterrado
me tiene mayor cuidado.

D. JUAN. ¿Cómo?

MARQ. Un imposible espero.

D. JUAN. Pues ¿no os corresponde?

MARQ. Sí, me favorece y me estima.

D. JUAN. ¿Quién es?

MARQ. Doña Ana mi prima,
que es recién venida aquí.

D. JUAN. Pues ¿dónde ha estado?

MARQ. En Lisboa,
con su padre en la Embajada.

D. JUAN. ¿Es hermosa?

MARQ. Es extremada,
porque en doña Ana de Ulloa
se extremó naturaleza.

D. JUAN. ¿Tan bella es esa mujer?

MARQ. ¡Vive Dios que la he de ver!

Veréis la mayor belleza
que los ojos del sol ven.

D. JUAN. Casaos, si es tan extremada.

MARQ. El Rey la tiene casada,
y no se sabe con quién.

D. JUAN. ¿No os favorece?

MARQ. Y me escribe.

CATALIN. No prosigas, que te engaña
el gran garañón de España.

D. JUAN. Quien tan satisfecho vive
de su amor, ¿desdichas teme?

MARQ. Sacalda, solicialda,
escribilda y engañalda,
y el mundo se abraza y queme.

MARQ. Agora estoy esperando
la postrer resolución.

D. JUAN. Pues no perdáis ocasión,
que aquí os estoy aguardando.

MARQ. Pues, adiós.

CATALIN. Señor Cuadrado
ó señor Redondo, adiós.

CRIDAD. Adiós.

D. JUAN. Pues solos los dos,
amigo, habemos quedado,
sigue el Marqués.

CAATLIN. El Marqués
en el Alcázar se entró.

D. JUAN. Ve tras él.

ESCENA VI

Dentro una DAMA y DON JUAN

DAMA. Ce.

D. JUAN. ¿Quién llamó?

DAMA. Si sois prudente y cortés
y su amigo, dadle luego
al Marqués este papel.
Mirad que consiste en él
de una señora el sosiego,
y adiós.

D. JUAN. Yo se le daré;
soy su amigo y caballero
también.

DAMA. Señor forastero,
adiós.

D. JUAN. Ya la voz se fué.
¿No parece encantamento?

Sin ver por donde han hablado
á mi el papel ha llegado
por la estafeta del viento.

¿Mas si fuese de la dama
que el Marqués me ha encarecido?

Venturoso en esto he sido.
España á voces me llama
el burlador, que el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejarla sin honor.

¡Vive Dios que lo he de abrir,
pues salí de la plazuela!

¿Mas si hubiese otra Isabela?

Gana me da de reir.

Ya está abierto el tal papel.

Y que es suyo es cosa llana,
porque aquí firma: «doña Ana,
tu prima.»

(Lee el papel.) «Mi padre infiel (1)

dice al fin que me ha casado,
y no contigo, y así
quiero fiarme de ti
debajo de haberme dado
palabra de casamiento.

Aquesta noche vendrás
á las once, y hallarás
abierto para este intento
cierto postigo, y por señas
una capa de color
te pondrás, por que Leonor
la esclavilla y las dos dueñas
te dejen entrar, bien mío,
y adiós.» ¡Desdichado amante!

¿Hay suceso semejante?

Ya de la burla me río.

Gozaréla, vive Dios,
con el engaño y cautela
que en Nápoles á Isabela.

ESCENA VII

Sale CATALINÓN.—DICHOS.

CATALIN. Ya el Marqués viene.

D. JUAN. Los dos
aquesta noche tenemos
que hacer.

CATALIN. ¿Hay engaño nuevo?

D. JUAN. Extremado.

CATALIN. No lo apruebo,
sino que nos acostemos,
dejando nuevos cuidados,
que el que vive de burlar
burlado habrá de quedar
pagando tantos pecados
de una vez.

D. JUAN. ¿Predicador
te vuelves, impertinente?

CATALIN. La razón hace al valiente.

D. JUAN. Y al cobarde hace el temor.
El que pretende servir
voluntad no ha de tener,
y todo ha de ser hacer
y nada ha de ser decir.
Sirviendo, jugando estás,
y si quieres ganar luego,
haz siempre, porque en el juego
quien más hace gana más.

CATALIN. Y también quien hace y dice
topa y pierde en cualquier parte.

D. JUAN. Esta vez quiero avisarte,
porque otra vez no te avise.

CATALIN. Digo que de aquí adelante
lo que me mandas haré,

(1) Así en el original; pero debe leerse «cruel».